



ASUNCIÓN ESCRIBANO

**EL
CANTO
BAJO
EL
HIELO**

edicionescarena

edicionesCarena

ASUNCIÓN ESCRIBANO

**EL
CANTO
BAJO
EL
HIELO**

Primera edición: febrero de 2021

© Asunción Escribano, 2021

© Ediciones Carena, 2021

Ediciones Carena
c/Alpens, 31-33
08014 Barcelona
T. 934 310 283
www.edicionescarena.com
info@edicionescarena.com

Diseño de la colección: Sandra Jiménez Castillo
Marina Delgado Torres

Diseño de la cubierta: Marina Delgado
Imagen de cubierta: Justin Kauffman (Unsplash)
Maquetación: Julian Tarazona

Depósito legal: B 3138-2021
ISBN 978-84-18323-55-3

EDICIONES CARENA apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi padre, que me enseñó
a creer en las palabras.
Todo lo que aprendí con él
hoy tiene alas.

Lo que está herido en nosotros pide asilo a las
cosas más pequeñas de la tierra y lo encuentra.

CHRISTIAN BOBIN

Que se me pegue la lengua a la mandíbula
si no te llevo a lo alto de la alegría.

ERRI DE LUCA

Alza los ojos, sin pensar en nada.
Ábrelos bien y mira
toda esta luz que viene del cielo como música.
Respírala con ganas, que hasta el fondo
de tu pulmón sombrío se abra paso.

ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

El mundo, pese a los males que lo lastiman,
sobrevive gracias a gestos desatendidos que nunca
publicitan los periódicos ni los telediarios.

JESÚS MONTIEL

ÍNDICE

I

LA CRIATURA VERBAL 15

EL POEMA 17

II

LA SUSTANCIA DE LOS MILAGROS 21

PANTALA FLAVESCENS 23

EL POETA 25

LA LENTITUD 27

AROMAS 29

EPIFANÍA 32

EL ALETEO 34

LA PERFECCIÓN 36

CÁNTICO 39

EL CUENTO 41

III

LA ARCILLA DE LOS DÍAS 45

EL CANTO BAJO EL HIELO 47

LA MANCHA 49

LA PENA 51

ÉXODO 53

DEFINICIONES DE MAR 56

LA CAÍDA 61

EL NAUFRAGIO 62

PODER DECIR TU NOMBRE 63

AHOGO 65

EL MAR 66

HERIDA 67

IV

LA BANDA SONORA 69

EL ÚLTIMO CARMELITA 71

I

LA CRIATURA VERBAL

EL POEMA

Pero un poema es una criatura
verbal hecha de maravillas.

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ IGLESIAS

Los eruditos hablan de *artefacto*
cuando estudian las líneas del poema
en su asiduo gesto de inventario.
Nombran sus engranajes previsibles
cual mecanismos estrictos de reloj
donde embridar su furia desatada.
Explican que en ellos se acomodan
las piezas del mecano de la lengua
como un riego previsto exactamente
en el mismo minuto cada día.
Escriben sobre sílabas pautadas,
ritmos computados con metrónomo.
Yo prefiero el nombre desvelado
del poeta que ha penetrado en la fronda
luminosa en desvarío: *Criatura*,
que comprende la vida y el aliento.

Su corazón de lluvia está repleto
de arterias de llamas que conjugan
la suma insensata de contrarios.
Paradoja la apodan los expertos
sin poder concebir lo incomprensible.
Pero a mí me gusta imaginar
que es el fulgor de la ebriedad
destilada por locos y por sabios
que asisten a la unión entre las cosas
cual pájaros radiantes ya sin jaula.
Palabras que hacen de todo lo que
existe firme nudo que disuelve
los ojos del lector en catarata.
No hay otra manera de ascender
sino a lomos del poema y contemplar
el mundo desde lo alto de su cumbre.
Solo puedo pensar la maravilla
como el lugar de partida y llegada
del fanal milagroso de los versos.
Y puestos a escoger entre prodigios,
elijo aquellos atardeceres lentos,
sus turbios arrabales y desdichas
que hicieron de la vida del porteño
un abrazo de húmedos zaguanes
e infinitas auroras y ponientes.

También las azucenas en la noche
donde reclinar cansancio y miedo
como hizo ardiente el carmelita.
Los ojos verdes de la de Nevares
donde se podía oír batir el mar.
Las cancelas del cielo de Tarquinia
con su sueño de potros y cervatos.
La ceniza que alzada ante la luz
es proclamada a modo de esperanza.
La gravitación quieta de horizontes,
la risa confundida con la fuente,
las pequeñas cosas en pañuelos,
la libertad de estar presa en tu nombre.
Preciosa y su sonaja hecha de luna,
el don que no se halla entre las cosas,
la búsqueda exacta de lo que eres,
el aullido interminable del vivir,
el fruto que es resumen ya del árbol,
los hombres que con luz van más deprisa,
la vida que canta y se entrecruza,
la noche tras el sol tan de repente,
el cansancio de ser y de haber sido,
el taxi y el amor conjuntamente,
las espinas que no son tan pequeñas...
...Y tantos..., que no son artilugios
sino habla en amor con quien escucha.

No sabría definir qué es un poema.
Pero en ellos resguardo yo mi vida
del tiempo, del mundo y su tristeza.
Como íntima hoguera frente al frío.

II

LA SUSTANCIA DE LOS MILAGROS

PANTALA FLAVESCENS

Refrenando la brida transparente
de su cuerpo, impulsado en el fuego
del verano, un caballito del diablo
reproduce en el orden del insecto
mi vida. A pesar de su tamaño
—dice el artículo— puede volar
más lejos con sus alas que los otros.
Parecen disecadas de vidrieras,
maleables con estampas como mallas
en confuso laberinto de hebras.
Con ellas se enfrentan al tuétano
del aire, del calor y de las aves.
Su planeo amarillo les da nombre.
Aun así sostiene en su fragilidad
su fortaleza. Efectúa acrobacias
sobre el océano encaramándose
a su nada, dejando que ventiscas
tormentosas la acunen en su viaje
de peligrosas corrientes y de aguas.
Abandonándose sin resistencia
es especialista en el *aikido*.

No puede haber mayor precariedad
en la geodesia blanca del espacio.
Como un fractal veloz, casi un espejo,
la libélula dice como nada
lo que soy. Respiración, silencio,
ritmo, armonía, transparencia.
No es necesario conocer los vientos,
solo domar su furia con el canto.
Confiar en la pértiga del aire
y dejarse impulsar alta en el vuelo.¹

1 «Una libélula es el insecto que vuela más lejos. La libélula *Pantala flavescens* efectúa vuelos transoceánicos y puede recorrer distancias de más de 14 000 kilómetros» (*National Geographic*, marzo del 2016).

EL POETA

Mira hacia la cámara con susto.
Levanta sus alas con la altivez
propia de los dueños del espacio,
como velas que empujan fatigadas
hacia el fondo del mar a los navíos.
El instrumento que las fija no es
una máquina compacta ni una réflex,
es de naturaleza más prehistórica.
Los ojos que han sabido arrebatarse
de lo acostumbrado la maravilla,
ese territorio engalanado
del ritmo de unas plumas sobre el aire.
Su vibración erecta. Su templanza.
Recortar su figura como golpe
sobre el fondo que rellena un edificio.
Cada día en todos los relámpagos,
pero solo el fotógrafo distingue
el ángel que viaja sobre ellas.

Poeta de destellos que separa
de la arcilla apagada de los días
la sustancia sutil de los milagros.²

2 «Desfile de palomas. La inocencia de una cría que da sus primeros pasos. El majestuoso vuelo de un ejemplar recuperado de sus heridas. El orgullo de un macho que posa exultante ante el objetivo. Este es el retrato de la historia de amor entre un fotógrafo neoyorquino y las palomas de su ciudad» (Andrew Garn en *El País Semanal*, el 3 de junio del 2018).

LA LENTITUD

«Lo que no estaba, con la espera estaba»,
contesta la escritora al periodista
que recoge cual uvas sus palabras,
imaginando el vino enardecido
que va a embriagar después a los lectores.
Yo también me dejo deslumbrar
por la ebriedad de lo que dicen.
Pienso en poemas no esperados,
en nudos en vuelo de canciones
que susurran cuando observo el cielo
solamente, cuando orillo las horas
y las prisas al borde del cemento
de las citas, agendas, planes,
plazos, reuniones y asambleas.
Cuando me paro y miro absorta
la vibrante ofrenda de las hojas
bajo el viento, como si fueran
metáforas o ingravidas candelas
a punto de dibujar en el espacio
las distintas manifestaciones
de lo que nunca puede ser nombrado.

Es como un milagro el tiempo
que en su pausado deslizarse
permite la existencia de todo
lo que el hombre pueda imaginarse.
Igual que en los poemas, que eligen
el lugar y el tiempo de su cita.
Me gusta la plenitud de las palabras
infiltrada por la luz de la mañana,
y también la llegada de la calma
sobre el folio mientras se cimbra
una brizna de nieve en los cristales.
Lo que no está empieza a ser
si se espera un tiempo lentamente.
Solo hay que dejar que el silencio pose
su pausado sedimento en el vacío.
Lograr acompasar el ritmo del baile
de los ojos y la vida a sus escritos.
Y aprender a escuchar lo que nos cantan.³

3 «No hay que tener miedo a no hacer nada productivo. La escritora alemana Andrea Köhler defiende las ventajas de la lentitud» (Carles Geli en *El País*, el 22 de julio del 2018).

AROMAS

A mi gatita *Sombra*.

Asoma su morrete a la ventana.
Le llegan desplomados con el viento
olores imposibles de la tarde.
El pino a punto de arrancar su rama
frágilmente blanca hacia el invierno.
El duelo de las plumas, su cansada
torpeza si resbalan hacia el suelo,
o si retroceden en su afectado
arrastre por el agua en la cochera.
El arisco abandono de la leña
en su quietud perlada en este día
afelpado de hielo el aire blanco.
Le llega el cántico de las hojas
en su sabio linaje de monarca
con gélida osamenta en catarata,
percutiendo insurrecto en los cristales.
Cierra los ojos, alza la cabeza,
se ve temblar su hocico, permanece
atenta a todo, escuchando los sonidos
y aromas de la noche con relieve

del viento húmedo de este enero,
su cóncave fragante de candiles.
Yo la imito. Callo mi mirada
y mi aliento solo siente el hueco
espacio vacío y sin matices,
apenas el rescoldo de la cena,
apenas la reluciente niebla,
apenas llega nada que no lleve
yo puesto, un elástico perfume
los restos cansados de este día...
No siento la bruma y su pinchazo
ni la severidad de los desgarros
en la cohesión feroz de la ventisca.
Me asomo yo también a la ventana.
Me llega puro y básico el invierno
estragado e inerme en triste encaje,
sin vidrieras de cantos ni de aljibes.
Y siento la atadura en mis sentidos.
Catalogo lentamente los aromas,
les coloco etiquetas, los conservo
en frascos y vitrinas para cubrir
ficticia mi vida con su brisa.
Pero ella los desea, los persigue,
los retiene en su centro, les entrega
su afán, y los hace honda carne
de milagros, de vuelos y de dicha.

Y pienso que ella deja entrar feliz
dentro de sí al mundo inalterable
y total. Mientras que yo me limito
a disecarlo docta desde lejos.⁴

⁴ «La nariz de los felinos tiene pequeños huesos cubiertos por cientos de millones de receptores que recogen muy rápidamente toda la información olfativa y la llevan a una zona del cerebro altamente desarrollada para su procesamiento» («Cómo ven el mundo los gatos», en *BBC News*, el 6 de octubre del 2014).

EPIFANÍA

Una tarde de verano. La luz resbala
por el mantel que espera ansioso
la inflamación feliz de la merienda.
A lo lejos los niños alzan al aire
la liturgia punzante de sus risas.
La lentitud es profanada solamente
por el vibrar de las alas de una abeja,
mientras se acerca a las flores de lavanda.
Apenas es nada esta melodía
que reverbera invicta entre mis ojos.
Apenas este momento podría
presumir de intensidad o trascendencia.
Aunque tiene en su levedad el fulgor
de aquello que es puro y transparente.
Solo asisto a lo que es, contribuyendo
a no romper su sagrado transitar
impreso únicamente en el presente.

Lo dejo ser y cae y posa su gracia
sobre el mundo, con una contundencia
que hace daño por su verdad, por su bien,
por su belleza, por su vacío y por su nada.⁵

⁵ «No sabemos qué hacer con un momento epifánico, no somos capaces de preservarlo» (Adam Zagajewski en *El Cultural* de *El Mundo*, el 20 de octubre del 2017).

EL ALETEO

Resbala inquieta la luz de este verano
con su bramido de hormigas en disparo
sobre el engaste satinado de unas alas
como miradas de susto en sobresalto.
El lúbrico aleteo aceita de cristal
la tarde, rezuma vibrante el viento
parpadeando como arpón de ojos
sobre el cansancio del mundo.
En castillo de naipes se derrama
el letargo de su estela. Golpea
sucesivo el armazón del aire
en malabares de sombra.
No cambia el destino de la vida
esta tiritona cegadora que adelgaza
la tarde, y pilota un pellizco
breve de alegría en el aire.
No roza la trama de la historia.
Pero amasa leve la conciencia
de belleza y rubrica de lámparas
el día. Saber que la historia
sigue quieta a pesar de este
sostenido vuelo que no deja

en la tarde ya sus signos.
Un aleteo breve no cambia
ni el universo ni el destino,
ni siquiera roza el mío.
Pero hace la jornada más hermosa.
Corto con mis ojos
un trozo de candente realidad.
Está lleno de pájaros el día.
Solo para mí despierta el mundo.⁶

⁶ «Por lo tanto, conforme a los resultados matemáticos de los que se dispone en la actualidad, creemos que el aleteo de una mariposa no puede cambiar el destino del Universo» («¿Podría el aleteo de una mariposa cambiar el futuro del cosmos?», Ernesto Nungesser en *El País*, el 12 de abril del 2017).

LA PERFECCIÓN

Un ataque de equilibrio y precisión,
una partida como alumbramiento
que acaricia rotundo lo impensable
y parece surgir de algún mecano
de tanta exactitud como contiene.
Pero es humano quien consigue hacer
brotar de una variación un gesto eterno,
destacado y memorable por hermoso.
Mover la pieza. Lograr un tablero
tan perfecto que cueste imaginar
que pueda proceder del pensamiento.
«La perfección no existe», afirma Musset.
Pienso en los variados modos de ser
el mundo perfectamente hermoso,
y emergen todos ellos de la brisa.
Acrobacias del sol en la mañana,
ritmos curvos en su conforme canto.
Las grapas en octubre de las hojas
en la arteria del viento sobre el día
y su gimnasia cansada cuando llueve.

Tus caricias en las noches de verano
pegadas a la piel como acuarelas.
O tus ojos escondidos tras la pena.
Pienso en la belleza del sonido
de la gimiente súplica de Pedro
en la yesca de luz del pentagrama
de *La Pasión* de Bach y de Mateo.
En el milagro de Hierro en su poema
a la altura del coro que lo inspira:
el crujido de la nieve en Central Park
quebrándose en cristal bajo sus huellas.
Un ataque de extracción del rey
es un modo lineal de la exactitud,
un himno regular de lo numérico,
una gramática de la dirección.
Pero en él se impone la soberbia
de lo que es necesario en su equilibrio,
y no podría haber sido de otro modo.
En la membrana frágil de la vida,
corresponde sin embargo a la belleza
la eterna posibilidad de ser distinta
y no poder preverse ni domarse.
La máquina compite con la vida
pero la emoción está en la llama.

Nunca un motor podrá lograr sentir
la simetría de tu piel sobre mi cuerpo,
su claridad de harina y de rocío,
ni el patrón de la nieve en los cristales
como una gasa rítmica en enero.
Ni jamás podrá reproducir el metal
en su estricto nudo de algoritmos
el fulgor del otoño cual prodigio
bautizando en cascada la arboleda.⁷

7 «Un ataque de extracción del rey ejecutado de manera tan precisa como una máquina, y con gran belleza» («Polugayevski roza la perfección», en *El País*, el 28 de mayo del 2018).

CÁNTICO

Una casita de madera sobre un árbol
es el pacífico reintegro de una deuda.
En ella se abrigan en tropa las semillas,
y jubilosos los trozos del pan de cada día
cual canicas miniadas por la luna.
Kenzaburō Ōe cincela el sándalo verbal
surgido de los estratos luminosos de la vida.
«Sentimos mucho afecto hacia los pájaros,
los cuidamos como si fueran de la familia,
porque fue gracias a ellos que mi hijo habló.»
El cántico de Hikari Ōe se identifica
con la escala de los salmos en el aire.
Sobre ellos ha instituido el nuevo idioma
—oro del amanecer, incandescente lirio—
inasible en constelaciones de silencio
cuando ascienden por encima de la lógica.
Su pensamiento no es acorde con la arena
destilada en cansancio sobre el tiempo.
Viaja lento, y también son pausadas sus palabras
para el relieve desértico del mundo.
«Creíamos que tal vez jamás hablaría.»

Alguien profundamente ciego podría nombrarlas —quizá— como dañadas y no rozaría ni siquiera leve su verdad. «Un día, al oír el gorjeo de uno en el jardín lo llamó por su nombre.» Porque él conoce el bautismo de la gracia como nadie, el don de acaparar en sus manos millones de incendios musicales. «Durante un tiempo, solo respondía a los pájaros, no a las personas.» Antes que a los desconfiados signos falsos de los hombres, Hikari Ōe entrega el árbol de su voz en larga espera al abrasado compás de los gorjeos que todo lo prometen y lo cumplen.⁸

8 «Me hice escritor para reflejar el dolor de un pez.» Kenzaburō Ōe en *La vuelta al mundo en 80 autores. Conversaciones con los mejores escritores de nuestro tiempo*, de Xavi Ayén (La Vanguardia Ediciones, 2016).

EL CUENTO

Aquí se está llamando a las criaturas

SAN JUAN DE LA CRUZ

«Érase una vez profundo el abandono»,
podría haberse titulado el reportaje.
El periodista revela inmóvil el descuido
de un paraíso de herrumbre y de silencio
cubierto por la manta del asombro.
Es un profeta de lluvia y de caminos
que ha aprendido a manejarse entre los signos
de la noche y también de su plegaria.
«Cuando miró a través de las ventanas
rotas y las grietas de las puertas,
vio unas huellas diminutas», dice el texto.
Una vía láctea esparcida de vestigios
sobre la pródiga alfombra del otoño
en diástole luminosa de dígitos y trinos.

Contempla una vivienda ya sin dueños,
como una madriguera clara de despojos
inservibles ahora para el hombre,
y convertidos entonces en castillo
por pequeños mamíferos y aves:
pardales, ratones, liebres, topos,
ardillas, mochuelos o tejones
convidan al instinto a refugiarse
en el hueco plácido que dejan
los humanos por vejez o por desidia.
Investigan el refugio por la noche,
realizan inventarios de prodigios
con el respunte de sus ojos,
sus alas, sus cantos o sus patas.
Inquietos se reúnen en familias
de especies diferentes para juntos
cobijarse de la lluvia o del invierno
que indolente y cansado se aproxima.
Son rebaño armónico de príncipes
en torno a una fortaleza descubierta
que ya no tiene ni gigante ni dragones
que protejan su tesoro almacenado.
Hacen sonar campanas en la sombra.

A veces un pájaro en descenso
de pétalos de agujas y de lluvia
recuerda la repentina luz de una varita,
y fractura la ficticia densidad
de la tristeza. La algarabía esboza
un coro con los restos del reflejo
de la luz en la ventana rota de la luna.
También podría titularse el reportaje:
«Okupas montaraces de paz y de belleza».⁹

9 «En Finlandia había unas casitas de campo preciosas. La gente se marchó. Y los animales las ocuparon» («Érase una vez una casa», en *National Geographic*, marzo del 2013).

III

LA ARCILLA DE LOS DÍAS

EL CANTO BAJO EL HIELO

Una estampida de cristales bajo el hielo
contra el aire y contra el rostro,
camino ahora de infinitos arañazos de ceniza.
Pero duelen los clavados más adentro,
en lo hondo del interior de la alegría
y también de la esperanza.
Lo peor de lo peor hoy es posible
y no tiene ni amparo ni remedio.
Solo aguardar que el final llegue despacio
y sin herida y sin dolor y sin conciencia.
Cómo es posible cantar frente a la escarcha,
clavada cual cuchilla entre las lágrimas.
Cómo beber ese vaso de cal y sosa cáustica
sin hallar el cobijo a tanta muerte.
Cantar la canción de Ananías, Misael y Azarías.
Cantar en un *yiddish* muy confuso –negra leche
amarga– en el lóbrego camino al crematorio.
Cantar la canción de las mujeres africanas
salvadas ya sin hijos del naufragio.

Habrá que intentar construir una balada
–llena de llagas y coágulos de lodo–
con su música astillada en la garganta
y con el aliento de niebla del herrerillo,
para no morir de tristeza en este invierno.¹⁰

10 «Las bajas temperaturas –diez grados bajo cero– no impide a este herrerillo común (*Cyanistes caeruleus*) exhibir sus magníficas dotes vocales en Petrozavodsk, capital de la república rusa de Carelia. La foto a contraluz permite ver las bocanadas de vaho que ascienden en el aire gélido junto con los gorjeos de esta pequeña ave paseriforme» («Música bajo el frío. El momento fotográfico», en *National Geographic*, enero del 2019).

LA MANCHA

Una mancha de tinta sobre el folio,
una leve escritura, una mota
apenas perfilada sobre un páramo,
lavada con lejía desde el cielo.
Se borran los colores de los campos.
Y luego está el hombre sin abrigo,
como quiso morir y así lo dijo
en su propia grafía. Cansado
de ser llamado loco o extranjero.
Cansado ya de que el invierno
y su ventisca pasaran siempre fuera.
Cansado. Se deja caer sobre
un jergón hecho de plumas,
fatigado de heridas sin caricias
de hielo. Robert Walser vuelve
a ser petirrojo o el reverso
de una foto donde el blanco
y el negro se amalgaman.
Solo los guijarros de los pasos
señalando breves el reposo,
las perennes llamas del no ser,
el ardor perfecto, indescriptible.

Ha elegido su tumba entre la escarcha.
Una gota turbia en una página
infinita, bajo el imán de la cellisca
en un cuerpo solo. Cayendo
en una vida que eligió un albo
nido para ser eternamente nieve.

LA PENA

28 DE MARZO DEL 41.

Virginia Woolf camina bajo el frío.

El aire corta la respiración
y brama.

Siente la escritora
que el aliento y la mirada
ya no bastan.

Cautiva de la pena escribe
uno de los textos de desdicha
más hermosos de la historia.
Ahogo y gratitud hilvanados
por la hebra lenta
del compás del cálamo.

«Estoy segura de que estoy
enloqueciendo.»

La escritura es fibra frágil
para salvar al hombre del espanto.

«Me has dado la mayor felicidad posible.»

Desposeída ya del centro,
solo el abandono se revela como norte.

La palabra que la ha atado a la vida
acaba de astillarse,

y la escritora ansía volver
al líquido útero de la tierra.

Se deja acunar leve por el Ouse.

Con el temblor de un niño
que empieza a andar,
deja una hendidura sobre el agua.
Bajo el agua, su cuerpo
se hace mineral y hoja.
Y nada.

ÉXODO

Seguimos la ruta del cometa
como en los tiempos de los antepasados.
Pero el astro extinguió todas sus pilas,
y el mapa confundió sus superficies.
Ahora viajamos ya sin luces, lapidados
por la noche cruel y sus rugidos.
Atravesamos un lento pasadizo
vasto de adoquines y de brea
que podría parecerse a un mar salvaje
que hostiga y ruge a nuestro paso,
como si quisiera devorar a nuestros hijos
para ofrecérselos a tiburones y medusas.
Mis brazos se aferran a mi niño
cual levadura que hará crecer la estirpe
cuando lleguemos a la tierra prometida.
Le canto la canción de nuestras madres,
una plegaria para domesticar la sed de sangre:
«Dadme una tierra donde los blancos y los negros
mano a mano puedan traer paz y amor».

Lo aprieto para que el agua no consiga
arrancármelo del pecho. Golpean
en mi cara proyectiles de granizo,
aceleran la furia de este viento
que balancea ferozmente nuestra barca.
Le canto la canción de nuestras madres,
una plegaria para domesticar la sed de sangre:
«Dadme una tierra donde los blancos y los negros
mano a mano puedan traer paz y amor».
Invoco a nuestros dioses y a los suyos.
La esperanza es como un injusto padre
que te ofrece un juguete y te lo arranca
violento después de entre las manos.
El túnel de la noche va cerrando
sus compuertas sobre esta frágil cáscara
que nos acuna en su cepo enloquecido.
Le canto la canción de nuestras madres,
una plegaria para domesticar la sed de sangre:
«Dadme una tierra donde los blancos y los negros
mano a mano puedan traer paz y amor».
El agua es un peñasco compacto e inmutable,
con olas cual manadas, con fauces ávidas
en que se despeñan uno a uno nuestros hijos.
El cielo, un pozo sin fondo boca arriba.

El miedo, un puño que golpea y nos oprime
desde el corazón hasta los párpados,
que impide que caigan nuestras lágrimas.
Le canto la canción de nuestras madres,
una plegaria para domesticar la sed de sangre:
para que esta noche no sea interminable,
ni firme para siempre esta condena.

DEFINICIONES DE MAR

A Fructuoso Mangas.

I

Un mar es una fisura de agua
donde caben todas las blasfemias,
una llaga entre dos miedos,
una cuna de fauces lúgubres,
sedientas de hombres
sin destino,
de niños sin carne,
de ángeles sin brillo,
de mendigos de flores.

II

El temblor de una madre
cuando acuna en la madera
rota de la barca a su niño.
El terror de sus manos
al contemplar
la muchedumbre

de peces sin ojos y algas
esperando al niño.
El gorrion de su abrazo
sobre el niño, golpeado
su cuerpo leve
en el cristal del miedo.
El nombre del agua
donde cobijará
la pequeña carne de su niño.
El terror a ese horizonte
asesino
en el que sumergirá
la vida de su niño.
El nombre seco del silencio
y del olvido.

III

El nombre del mar
se parece
a un poema sin ritmo
a una pira sin fuego
a un ángel sin alas.
El nombre del mar
se parece a una tumba

cuando por él transcurren
los senderos del exilio.
Es un torniquete líquido
que ahoga
a los pobres sin predios
sin patria sin destino.
Se cancelan las promesas.
Las olas serán ahora
arados con cuchillas,
puñales líquidos,
podaderas de agua
en remolino.

IV

«No sé rezar si lloro»,
dice el poeta.
Yo no sé escribir
una poesía de muerte
y olas.
Solo me brota sal.
Igual que al mar
que seca en la piel
del niño cuya vida
fractura

sus aguas de milenios
con estampas de sol
callado cuando atardece.
No sé decir.
Solo callar
y arañar las piedras
y arañar las rocas milenarias
y arañar las montañas eternas,
a ver si les arranco
con las uñas quebradas
y sangrantes
un poco más de piedad
que al hombre.¹¹

11 «Uno de cada tres refugiados ahogado en el mar era niño», en *El Mundo*, el 1 de diciembre del 2015.

LA CAÍDA

Un obelisco tumbado por el viento.
Una torre como la cáscara de un huevo
frente al golpe del hierro feroz de unos alones.
Un pájaro en descenso ahora de sangre
por la espuela del pico despiadado de un halcón.
Mi padre.
Todo Cicerón, y César, y Séneca, y Sócrates,
que no sabía nada —yo ahora tampoco—,
a los que él amaba tanto, también en vuelo
de caída con la firmeza de su peso
y de su hechura.
Transformados en babas y temblores
que obligan a pensar aquella dignidad
de la que hablaban.
¿Qué es lo que todavía continúas aguardando?...
Ya no hay grandeza,
solo necesidad y una plegaria balbuciente
ayúdame que nos señala la puerta hacia la lumbre.
Mi padre, que fue farallón y torre
y faro y altozano y castro tierno.

«Hay que mirar siempre de frente a la tristeza»,
nos decías. Pero a ti la honda arcada
de la espalda y el quebrantado mimbre
de las piernas hoy no te dejan.

Escribo sonámbula tu nombre en este muro
y blanco en alto lo pronuncio: «Papá»,
y me repito —o acaso me convengo—,
con un nudo de esparto en la saliva,
que es posible volver a vivir tras la desdicha.

EL NAUFRAGIO

A mi padre.

Se revela en lo que mira
como un manantial atravesado por la luna.
Su torpeza encubre una palabra:
ternura. Al amparo de la tarde
viaja por caminos imposibles,
repletos de huellas y de humo.
Pregunta a su pasado por la brisa
que atraviesa este verano la ventana.
Ya no tiene sueños, pero los que tuvo
le sostienen sobre el eje de la tierra
volteándose en su centro eternamente.
No hay más verdad que su destello.
No hay más herida que su ausencia.
No hay más amor que aquella infancia
que hoy ya no es mía sino suya.

PODER DECIR TU NOMBRE

Al escuchar tu voz nocturna, padre,
—tu voz de amante navegando
en sus mares de zozobra—
yo descendí del más hondo silencio
y me hice llanto.

PIEDAD BONNETT

Hay nombres que nos atan a la vida.
Que nos siembran y señalan el lugar
que tenemos que habitar si queremos
ser felices. Nombres como sauces
que dejan traspasar la luz en el invierno,
y en verano nos acunan la memoria.
Papá es, de entre ellos,
quizá de los más grandes.
Es un camino en el que he podido
caminar como quien soy,
y una mano que espantaba las sombras
de los más oscuros sueños del pasado.
Hoy esa palabra me escuece en la saliva
y me hace sentir profunda la ternura.

Porque siento que habrá un tiempo ya cercano
en que tendré que pronunciarla entre sollozos,
para poder sentir calor en el invierno.

Mientras escribo estas palabras

Papá es todavía una llamarada
ante la que responden unos ojos,
no del todo ausentes.

«Mi niña», me sigue contestando,
y su mano siempre fría me agarra
para evitar mi caída en la tristeza,
aunque sea su paso el tembloroso.

Hoy con ese *papá* aún tibio entre mis labios
comienzo a escribir heridos estos versos.

Porque necesito escupir lejos la pena.

AHOGO

A veces sueño por la noche con su nombre.
«Papá», le llamo. «Mi niña», me contesta.
Y siento que se cae por un abismo
y que mis brazos no pueden alcanzarlo.

EL MAR

Entrábamos en el mar aquel verano
como una fragata cargada de alegría,
fugitivos del bostezo de los días,
sostenidos en la balsa ligera de tu mano.
Flotábamos sin miedo sobre el agua
como si siempre hubiéramos nadado.
Sin miedo, entregados a tus brazos
que amorosos nos mostraban
cómo sostenerse flotando sobre el agua
era una cualidad necesaria para el tiempo.
Flotar. Dejarse llevar confiados sobre
unas manos que siempre nos sujetan,
nos decías. Sentirse así totalmente confiados.

¿Y ahora en qué manos sostendré yo mi vida?

HERIDA

Hay un perro malherido en la calzada.
Desgarrado mortalmente tiembla de frío
como un envase arrojado por inútil,
como un trozo de carne masticado,
o como el esputo sangrante de un enfermo.
Otro perro quisiera rescatarlo
de su cercana muerte y su gangrena.
Los hombres, sin embargo,
pasan veloces a su lado entre los coches.
No miran ni basura ni desechos.
Tienen prisa. Su reunión comienza ya
y llegan tarde. Yo miro la foto.
No puedo evitar el clavo que me hiere,
que me saja los ojos al mirarla.
Soy el perro ahora casi muerto,
y también el otro que lo cuida.
«Me niego a amar una creación
donde los niños son torturados»,
escribió Camus. Yo también
me niego a comprender a un hombre
que, hecho de amor, de canto y gloria,
deja morir a un animal sin ayudarlo.

La fragilidad como don de luz total
a su cuidado, y engreído, soberbio
e intensamente efímero y cobarde
se cree único señor del universo.¹²

¹² «Un perro intenta reanimar a su compañero atropellado»,
en *El País*, el 23 de abril del 2017.

IV

LA BANDA SONORA

EL ÚLTIMO CARMELITA

Una cámara delante, y detrás
pregunta un hombre por lo más simple:
la oración. El carmelita orlado
por el fulgor impreso en las paredes
habla dulcemente del diálogo
con lo alto y también con lo más bajo.
La unión entre palabras y silencio
para decir lo obvio no escuchado.
Sorprenden los términos que elige:
belleza, vacío, huida, apego,
bondad, amor, mística y espíritu.
¿En qué conversación podrían usarse
sin parecer un loco o un extraño?
Mira lento al hombre que le busca
para llenar las horas de un programa.
Detrás de ambos un valle levanta
su inmensa ciudadela hecha de viento.
Los extremos se citan en su vida.
Las horas se comparten entre el blog
y la intimidad silente con la Luz.
El mundo intuye el poder de callar
y Beret lo canta a los más jóvenes:

«Guíame con tu silencio que así sí
nos entendemos». Es ya el último
carmelita. Hoy no hay nadie que escoja
esta vida de paz y de armonía.
Sin él, está vacío el paraíso
y su aire será respirado
solo por gorriones y turistas.
Y puestos a citar, una pizarra
allí recuerda: «Dios es el silencio
del cual proceden todos los sonidos».
Al fondo, los trinos de los pájaros
ponen banda sonora a la entrevista.

ESTA
PRIMERA
EDICIÓN DE *EL CANTO*
BAJO EL HIELO, DE ASUN-
CIÓN ESCRIBANO, HA SIDO
IMPRESA CON PAPEL AHUESADO,
DE 80 GRAMOS. SE HA UTILIZADO
LA TIPOGRAFÍA GARAMOND PRO.
Y SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
MADRID, EN REPROGRÁFICAS
MALPE, EN EL MES DE ENE-
RO DEL AÑO 2021.

El canto bajo el hielo es una toma de postura estética frente al mundo. Una declaración de la convicción de que las palabras son el mejor espacio de transformación de la realidad, y también de la propia vida. Una manera creativa de obstinación frente a todo lo oscuro que nos rodea, en la que belleza, verdad y bien se funden para nombrar la naturaleza última de la realidad: la claridad. Una afirmación de la fe en que la poesía puede reunir en sus sílabas –y en su música– los aspectos más hermosos de la existencia. *El canto bajo el hielo* es el fruto de un encuentro, de un diálogo entre textos: los procedentes de un ámbito profundamente pegado a la actualidad, como es el periodismo, y otro atemporal, como es la poesía. Y su título adopta la forma de una metáfora que nombra, como un dardo luminoso, la misión del poeta: cantar bajo el hielo para que la injusticia y la tristeza no puedan con todo, haciendo, así, de la poesía el rostro más esperanzado de la resistencia.

